

TRES CUENTOS DE HUACA

Lima

El sexo de las placas tectónicas aboca el imperio de la ciudad al vacío. La plaza de los amantes se precipita desde ochenta metros de altura hacia la arena sintética que depara sus corazones de cholos al mar. Los cadáveres del hogar vagan por el Rimac hasta el océano, acariciándose entre ellos, convirtiéndose en nuevas especies animales de esqueleto de oro y sin órganos vitales. Es allí donde se esconden los seres humanos, entre la niebla caliente y las piedras redondas, mientras la ciudad hierve de muertos y los niños se encadenan en las farolas. Un borracho tropieza en la acera de la plaza mayor con una camisa terrible, la policía se aposta en las esquinas del palacio esperando que se los coman vivos o que les hagan el amor. Como la maldición de un Jesús lustroso injustamente crucificado en madera de Nicaragua quizás sea esta otra ciudad que repté en cenizas hacia el mar.

Ella se levantó temprano, la ciudad saludó con una cortina de agua que le pareció maravillosa. Trabajó en la mañana, y se dejó amanecer en los momentos de descanso, cuando su mente se perdía en algo cálido y los clientes, la caja registradora y los pollos a la brasa ascienden como vírgenes al cielo. Entonces, por fin deja abrazarse por el mundo. Después del trabajo comió algo sencillo, está nerviosa, alegre, su Lima está inundada de caballos salvajes y Reyes Magos que danzan entre los coches. A las cuatro fue a comprar la flor a la florería de la Daniela, después se dio un baño y se sentó a descansar mirando por la ventana, desnuda, contando autos, estrellas y transeúntes mientras su hermana le cepilla el cabello y le hace reír. El vestido azul espera estirado en la cama, se mira en el espejo del baño, se toca el ombligo, agarra los pechos con sus manos y sonríe. Por fin a las siete llegó al aeropuerto, y él vendrá y luego se irán a hacer el amor a las montañas.

El vuelo se ha retrasado, “el vestido azul es demasiado corto” había dicho su madre. Pero ella sabe que tiene unas piernas maravillosas, sabe que él las adora, que sueña muchas noches con ellas y les susurra historias como si fueran niños. A las ocho aterrizó el avión, y se ruboriza y se enfada mientras todos los desconocidos salen de las puertas eléctricas. Y allí está, preciosa, el vestido abraza la flor que es atraída por la Tierra como si fuera un yunque, y el tiempo pasa y su corazón revienta en cada instante. Los muertos de la montaña y del dios Cóndor se alzan en su espalda para recordarle que está viva, que será recordada por el mundo, preciosa, con el vestido azul, feliz, por toda la eternidad.

Machu Pichu

Es en la piedra donde se sacrifica el corazón, y al clavarle el puñal asciende primero la vieja montaña y luego se inmola en café, cacao y guerras civiles. Los omnibuses suben hasta el santuario, donde se encontraron evidencias que indican que vivieron los hombres, que la sangre recorrió las calles y los gritos de placer retumbaron por toda la cordillera. Algunos visitantes trepan la escalera que les lleva hasta la cima y se preguntan por qué subir tan arriba y dejar tan abajo el río, por qué acercarse a las estrellas. Juan y Valentina viven en el valle, suben al monte tres veces por semana, ella lleva al dios del agua y el viento y él es torpe como un pato. Ella lo espera, adora esperarlo. A veces Valentina se siente muy alegre cuando se comienzan a ver los edificios, entonces aparenta estar cansada, Juan aprieta el paso, jadea, la mira, tan linda, tan pura, tan dios del viento y el agua, tan “esta noche en el muro de la estación, y tocarle un pecho y que le arañe la espalda hasta la sangre”, entonces Juan consigue llegar a la roca donde ella aparenta descansar, en ese momento ella se echa a reír y bromea y comienza la ascensión de nuevo como

un águila, entonces Juan se enfada un poco y la mira caminar, tan linda, tan pura, y todo es perfecto y las nubes se derraman sobre los árboles como leche evaporada y las rocas Incas fornican entre ellas sin decírselo a sus papás. Después bajarán al río, el ser se pierde en las montañas y todos los seres vivos anhelan quedarse (un poco más).

Cuando Juan tenía doce años su mamá murió o huyó con un idiota cargado de piedras en le vía del tren. Cuando se hizo mayor dejó de pensar en aquello, “las mamás no dejan a sus niños”, aquello entró en el mundo de los unicornios, la cocaína, los nichos de espuma y los sueños eróticos. Fue cuando ella dejó de estar cuando él empezó a pasear. Llegaba a casa en la noche lleno de moratones y pequeñas heridas al chocarse con los árboles, se los enseñaba a su papá, que era bueno, y le entraba la risa y cuando Juan salía del cuarto lloraba.

Algunas noches después de haber estado con él en el muro Valentina llegaba tarde a la casa. Las luces del pueblo ya no están encendidas y su papá la espera en la cocina, fuerte, Inca, solar, borracho de chicha e intenta molerla a palos, Valentina corre por la sala y grita el nombre de Juan, pero Juan está en la piedra, y la piedra está lejos. Después de un rato el papá se desmaya, Valentina llora de rabia, lo mira tendido en el piso y bebe su sangre, “no eres un hombre papá, eres un mierda”. Luego regresa corriendo a la piedra, encuentra a Juan contando nubes, y llora, pero no dice nada, “la culpa es del papá y la chicha de mierda”, y Juan no entiende, pero en la piedra, en el centro del río donde ambos están tumbados la abraza. Toma una de sus manos y la apoya sobre su cuello, la otra la apoya en la piedra. Él besa primero la piedra (adora la piedra), luego su vientre, seca sus lágrimas despacio, ella se hace la muerta para estar tranquila y que él la rescute al tercer día. Mientras tanto el mundo continúa, la Tierra termina su ciclo vital con ternura y las piedras del santuario aguantarán milenios hasta que la madre de Juan regrese de la capital y el padre de Valentina se quede sin sangre. Ellos estarán en la piedra cuando amanezca, fríos y entonces se dará por concluida la ceremonia.

El otro yo es un Cuzco

-El señor Beckerbaum dice que no toma lomo, luego no folla bien- está buena la mujer del mastodonte, está buena la mastodonta escapando con la trenza.

-¡Chucha por qué bebí de su fuente!- grité. Una voz femenina contestó dulce.

-¡Porque sois un idiota carajo!-

El piano retumba en la sala como un saurio hambriento de río. “El pianosaurio lo llaman, ten cuidado no te muerda”. Y el trago, y la Luna, y la mastodonta follándose la trucha de su marido, que no toma lomo, sólo animales acuáticos para el amor.

Entonces se aparece ella, yo siempre de todo en el vagón, borracho, el piano mastica “Simon and Garfunkel” después de haberlo acechado en la vereda, y después bebo otro poco, la aparición se acerca “un, deux, trois...” y desaparece Simon, y al idiota de Garfunkel se lo ha comido el animal, que también desaparece, y sólo queda ella, el fantasma, la pianista, el vagón, porotos y cangrejos de río. Me queman los ojos, me toma la mano, y por fin dejo de sentirme pésimo y desafortunado. -Por qué me hiciste beber de tu fuente, yo sólo quería hacerle el amor a la mastodonta y dormir en el vientre de la Luna- dije tranquilo, no hubo respuesta -¡y tienes que aparecer tú, siempre tú!, y me tomas la mano y me haces dudar de todo, y el tren se aboca al vacío y quieres quitarte la ropa. Has de saber que soy un animal, y si no lo fuera, me encantaría parecerlo por una temporada- dije triste.

Nunca contesta el fantasma. Me toma la mano, ocurre todas las noches treinta kilómetros antes de Poroy, se acerca a mi oído, respira –traigo leche, viértela en el cuenco de mi espalda y bébela despacio, seguro te sentirás mejor- susurra.

Cuando dan la llamada en los altavoces de la estación todo vuelve a la normalidad, la caza de la mastodonta, el lomo, el vientre de la luna. – Ojalá reventara este tren de mierda a treinta kilómetros de Poroy...-